

ñas huérfanas y arrepentidas, y tambien el cuidado de los locos. Sus votos solo son temporales; pero no por esto se conservan menos fieles á sus sagrados compromisos, ni menos solícitas en el cumplimiento de sus muchas ocupaciones.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber multiplicado los medios de conservar á los justos en la virtud y de inclinar á los pecadores á la penitencia: haced que, justos ó pecadores, saquemos provecho de tanta bondad, ya para solidar nuestra perseverancia, ya para obrar nuestra conversion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré cada dia una visita al Santisimo Sacramento.*

LECCION LII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada: filosofa, Jansenismo; — defendida: el abate de La Salle; hermandad de las Escuelas cristianas; san Alfonso de Ligorio; Congregacion del santo Redentor; — consolada: conversion de parte de la familia imperial de China; conversion de los ilineses.

En el siglo xvi, Lutero y los demás pretendidos reformistas habian dicho al pueblo: Ninguna autoridad religiosa tiene derecho de mandaros; tomad la Biblia, leedla, y creed lo que os parezca verdadero, es decir, lo que vosotros querais. Este funesto principio fué harto bien comprendido. Ya vimos que los discípulos de Lutero y Calvino con la Biblia en la mano sostuvieron todos los errores y canonizaron todos los excesos; pero luego se pasó mas adelante, pues dejando á un lado la Biblia, cada cual arregló sus creencias y costumbres á las inspiraciones de su corrompido corazon; cuanto pudo halagar los sentidos, aquello fué la verdad. Sin embargo, esta impiedad descarada y sin freno no osó mostrarse en Francia durante el reinado de Luis XIV; mas apenas este Monarca bajó al sepulcro, el Filosofismo, hijo repugnante del Protestantismo, se quitó la máscara, y durante la regencia del Duque de Orleans hizo gala de una depravacion tal, que su solo recuerdo ruboriza y ruborizará perpetuamente á todas las personas honradas.

Á pesar de esto aun faltaba algo que hacer: sus vergonzosos misterios no habian por entonces salido de la esfera mas elevada de la sociedad; pero importaba ahogar los últimos remordimientos en el alma de sus adeptos é infiltrar el veneno hasta el pueblo. Ponen, pues, los filósofos manos á la obra, y al momento un granizo, un diluvio de folletos impíos y obscenos inundan y pervierten la Francia, ganándola y corrompiéndola hasta la raíz. Bien pronto una sorda fermentacion, unida á un desasosiego universal, síntomas de próxima y aterradora crisis, se perciben en todas partes, y la sociedad em-

pieza á sentir las convulsiones, iba á decir el dolor cólico, de una persona que ha sido envenenada. El Señor, que muy á pesar suyo castiga, suscitó grandes obispos para que señalaran el mal, deteniendo á los pueblos en la pendiente del abismo, y al objeto de tocarles mas, les reveló los encantos de su amor en el misterio de su *sagrado Corazon*. Además, para conservar siquiera una chispa de fe con que sellar el Cristianismo en el corazon de las generaciones futuras, formó un hombre segun su deseo, hombre de fe y de caridad cual ninguno, y que ciertamente llegaba á tiempo, pues ya las afrentosas y miserables doctrinas de la impiedad descendian de los palacios á las cabañas; ya la casta hija del cielo, la Religion, esa madre tierna y benéfica era lanzada ignominiosamente de las moradas opulentas, mientras el pueblo, imitador servil de sus señores, se aparejaba á su vez con ingratitud inaudita á desalojarla del lugar doméstico. Ya muchos padres iban á abstenerse de repetir su nombre á sus hijos, como tambien de enseñarles á conocerla, amarla y bendecirla; ¡qué digo! lo que iban á enseñarles con palabras y con ejemplos, era á despreciarla, abominarla y blasfemar de ella, y sin embargo ¿se creerá que tamaña ingratitud no pudo mitigar el entrañable amor que Dios profesa á sus culpables criaturas? Así como escogió la víspera de su Pasion para dejar á los hombres desagradecidos la prueba mas insigne de su caridad con la institucion de la sagrada Eucaristía, parece quiso tambien, en vísperas de los sangrientos ultrajes que se le aparejaban, dar al mundo una prueba mas de su paternal solicitud. Era caso de salvar á la niñez, supliendo la impotencia ó mala voluntad de los padres en favor de las nacientes generaciones; hé aqui, pues, que Dios saca de los tesoros de su misericordia uno de aquellos hombres singulares destinados á hacer el bien de los pueblos edificando á la Iglesia, y en consecuencia viene al mundo el abate de La Salle, tan justamente llamado el amigo y bienhechor de la infancia.

Nació en Reims á 30 de abril de 1651, de una familia tan honrada como cristiana. Desde la edad mas tierna dió indicios ciertos de haber nacido para la piedad: los primeros nombres que articuló distintamente fueron los de Jesús y María, y sus juegos consistian en poner capillas é imitar devotamente las sagradas ceremonias de la Iglesia. Era una admiracion verle al pié del altar cual ángel revestido de cuerpo mortal. En medio de tantas gracias revelaba gran disposicion al estudio, aunque los conocimientos humanos solo le sir-

vieron para cumplir algun dia los deberes de su estado; no como hacen otros por prurito, por vanidad ó por liviana curiosidad. Joven aun, declaró á sus padres que se creia llamado al estado eclesiástico, y recibió la tonsura; promovido despues á un canonicato en Reims, pasó al seminario de San Sulpicio de París á cursar teología; y allí sus buenas prendas le conciliaron el afecto de todos. Retirado nuevamente al seno de la familia, empezó á dar muestras de aquel ardiente celo que le arrebatava en pro de las almas, y echó los cimientos de las escuelas cristianas de párvulos, ayudándole en esta empresa algunas señoras caritativas. El buen éxito de estos ensayos le inspiró el deseo de plantear sus establecimientos en mayor escala; mas está de Dios que las obras encaminadas á su gloria sufran contradiccion, y las del abate La Selle debieron recibir ese estigma glorioso.

Como hubiese albergado en su propia casa á los profesores de la nueva enseñanza formando con ellos una especie de comunidad, el mundo dió en tratarle de imprudente, loco y desvanecido por un celo indiscreto, y los mas reservados le tenian compasion; pero él, armado de paciencia y de confianza en Aquel cuya gloria procuraba promover, dejó decir y siguió adelante. En efecto, en pos de la tormenta vino la calma y la serenidad: el cura de San Sulpicio, sabiendo cuán útil era la nueva Orden á los niños pobres, pidió algunos hermanos para dirigir á los pobres de su parroquia. Nuestro abate se prestó á la invitacion, de cuyas resultas fundáronse nuevas escuelas junto con un noviciado, y poco á poco la Orden fué ensanchándose al través de las contradicciones, de la falta de medios y del menosprecio de los hombres. El santo fundador dictó á los hermanos unas reglas muy sabias así para su régimen particular como para el de los niños; reglas que aun vigen en el dia, y que son infinitamente superiores á todos los planes concebidos por los hombres de mundo para la enseñanza de la juventud.

En medio de todo, el abaté La Salle padecia hacia tiempo dolorosos ataques de reuma, y á menudo suspiraba tras su ansiada libertad. Oyó sus ruegos el Señor, y así recibidos los últimos Sacramentos con piedad angelical, dirigió á los hermanos de su Orden, reunidos en torno suyo, las siguientes palabras acomodables á todo buen cristiano: «Si quereis permanecer y morir en vuestro estado, no os roceis con los mundanos, porque insensiblemente os aficiona-

«ríaís á su trato, y os empeñaríaís en tales conversaciones, que no podríaís sin impolítica dejar de deferir algunas veces á su dictámen, «por malo que fuese, siendo el resultado haceros infieles á vuestra «regla, disgustaros de vuestro estado, y abandonarle.» Un sudor frio le impidió continuar; á poco le entró la agonía, durante la cual pronunció aun estas palabras: «Adoro, sí, en todo y por todo la «nera como el Señor me ha tratado:» algunas horas despues juntó las manos, alzó los ojos al cielo, y entregó su espíritu al Criador, precisamente el mismo dia en que nuestro Señor espiró en la cruz por la salud del humano linaje, á 7 de abril de 1719. Contaba este gran siervo de Dios á la sazón la edad de sesenta y ocho años¹.

Hay en esta hermandad una regla muy penosa pero prudentísima, segun la cual los hermanos no pueden hablar en las horas de recreo sin licencia del director. Esta regla, como las demás del presente instituto, fué aprobada por Benedicto XIII en 1725. De tal modo ha bendecido Dios esta provechosa Orden, que reúne ya trescientos diez establecimientos y mas de dos mil hermanos distribuidos en Francia, Bélgica é Italia, dando una educacion gratuita y cristiana á unos ciento cuarenta mil muchachos. Para apreciarla como se merece, debe considerarse: 1.º Que estos hermanos son instrumentos de la bondad del Señor para la salud espiritual de los niños mas pobres y desvalidos. Dios quiere que todos los hombres lleguen á conocer la Religion, y ¿cómo podrian hacerlo semejantes infelices, particularmente en épocas azarosas, sin escuelas cristianas y gratuitas donde se les enseñen las eternas verdades? 2.º La hermandad suple á los padres y madres en lo tocante á la instruccion cristiana de sus hijos. La gente pobre, ocupada en ganarse el cotidiano sustento, no tiene tiempo, ni medios, ni conocimientos bastantes para instruir á sus hijos: ¡cuán bondadosa es, pues, la divina Providencia al dar á los niños pobres y abandonados unos padres segun la gracia que suplen en los deberes mas importantes á los padres segun la naturaleza! 3.º Los individuos que componen esta hermandad son apóstoles y ángeles tutelares de la niñez. Nada mas comun en las ciudades y aldeas como ver á los chiquillos andar vagamundeando y adiestrándose en cuantas travesuras el demonio inspira, entretenidos en pasatiempos que amenguan el pudor y conducen á excesos deplorables; y ¿quién desconoce en esta situacion la utilidad de unas per-

¹ Está incoado el proceso de su beatificacion.

sonas que les retraen de semejantes desórdenes, y les inspiran hácia ellos el horror debido para que espontáneamente los eviten? Lo mismo que los hermanos hacen con los niños, hacen las hermanas con las niñas, y cuanto acabamos de decir de los primeros puede aplicarse á las segundas, pues siendo igual el sacrificio, unos y otros merecen iguales elogios.

Mientras el instituto del abate La Salle sembraba en el corazon de la sociedad una semilla salvadora que debía germinar y desarrollarse tras la tormenta que á la Francia amagaba, un santo obispo cumplia en Italia otra mision no menos preciosa. El Jansenismo, del cual nos ocupamos al tratar del siglo pasado, habíase aliado con la impiedad para socavar el edificio de la Religion, pues si la una atacaba descaradamente y á la luz del dia, el otro lo hacia sordamente, y cual lobo voraz revestido con la piel de oveja trataba de penetrar hasta el corazon de la Iglesia. Catequismo, ascetismo, literatura, sermones, libros de piedad, teología, liturgia, á todo lleva atrevida mano, y todo lo que toca mancha. Un miedo servil reemplaza á la caridad para con Dios; los Sacramentos son abandonados y ridiculizados; la augusta Eucaristía, gérmen fecundo de la piedad católica, se convierte en objeto de espanto; el verdadero espíritu del Cristianismo se extingue; pero la Providencia está velando, y fuertes antemurales se opondrán á tan amenazadora invasion.

Entre los varones que Dios llamó en estas graves circunstancias para combatir al Jansenismo y reanimar la piedad atrayendo nuevamente á los hombres al Sacramento prodigioso que es manantial de ella, es imposible dejar de poner en primera línea al santo obispo Alfonso María de Ligorio. Nació este gran Santo en Nápoles el dia 17 de setiembre de 1696. Dotado de excelente natural, como el jóven Tobías aprendió desde niño á temer á Dios; y el amor al mismo y á la Virgen Madre, la obediencia á sus padres, una modestia de ángel y un grande amor á los pobres fueron las virtudes que en él descollaron desde la aurora de su vida.

Rápidos fueron sus progresos literarios, pues á la edad de diez y seis años fué recibido doctor por aclamacion en la universidad de Nápoles. Despues ejerció con mucho lucimiento la profesion de abogado; pero un accidente que le sobrevino mientras informaba en cierta causa, le desengañó para siempre de las cosas del mundo, y le decidió á abrazar el estado eclesiástico. Sus padres se opu-

sieron mucho tiempo á su vocacion, pero fué tan notoria la voluntad de Dios, que al cabo otorgaron su consentimiento. Promovido á las sagradas órdenes, Alfonso se consagró en cuerpo y alma á las virtudes del estado sublime que acababa de abrazar, y uno de sus cuidados preferentes fué instruir á los campesinos. Iba con frecuencia á hablarles de Dios, y á semejanza de nuestro Señor discurría por los lugares y aldeas predicando con fruto admirable; lo cual nada tiene de extraño en quien reunía la elocuencia á la práctica esmerada de la mortificacion, de la oracion y de la pobreza.

No tardó en allegar cierto número de eclesiásticos que ardian en celo por el bien de las almas, con cuyo elemento planteó la congregacion del *Santo Redentor* para instruir á los pobres habitantes del campo; y al través de infinitas contradicciones y dificultades que le suscitaron toda clase de personas, logró últimamente verla confirmada por el Sumo Pontífice. Modernamente se ha extendido por varios puntos de Europa, con grande edificacion de la Iglesia.

Establecida ya su Congregacion, dedicóse el Santo á componer varias obras para dirigir á las almas y refutar el error; tarea difícil que desempeñó con la mayor habilidad y talento; de suerte que los Sumos Pontífices han declarado á este profundo y sapientísimo autor, como suscitado providencialmente para oponer un dique al torrente de las malas doctrinas que en el siglo pasado se propagaban con aterradora celeridad. Contra su gusto fué nombrado obispo de Santa Águeda en el reino de Nápoles; y en esta nueva posición mostró ser, como siempre, padre vigilante y tierno, superior ilustrado y rígido, director lleno de experiencia, y misionero altamente celoso. Era tan caritativo con los pobres, que durante una gran carestía vendió todas sus propiedades para socorrerles; mas como este sacrificio no alcanzase á cubrir las necesidades de los muchos indigentes, viéndoles aglomerados á su puerta salió á su encuentro llorando, y les dijo: «Queriditos míos, nada tengo; pues todo me lo he vendido para socorremos, incluso mi carruaje y mis caballos; «y aunque he pedido dinero para el mismo objeto, no han querido «prestármelo.»

Tan ardiente era su caridad hácia los pobres, como vivo y tierno su amor hácia Dios, y en particular hácia nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Prueba de ello es la excelente obra que nos ha dejado, tan llena de confianza y piedad que parece haberla

escrito al ardiente impulso del Corazon del Salvador, intitulada: *Vistas al Santísimo Sacramento y á María santísima*.

La filial confianza en nuestro Señor que Alfonso enseña con tal elocuencia á los demás, practicábala él mismo, como lo acreditará el ejemplo que no podemos resistirnos á citar: En cierta ocasion vieron sus religiosos en grande apuro: la caja estaba vacía, y siendo la mañana no habia en toda la casa mas que dos panes para comer. El ecónomo corre á dar aviso al Santo. — No os inquieteis por ello, responde éste; al mismo tiempo llaman á la puerta dos pobres que piden limosna. Dadles los dos panes, dice san Alfonso. El ecónomo, con tono algo despechado, hizo algunas observaciones y llegó á indicar que no se encargaba de servir á la comunidad, y que ya podía él buscarles la comida. — Hermano, respondió el Santo, ¿os ha faltado nunca lo necesario? ¿no puede nuestro Señor convertir en pan las mismas piedras? El que sustenta diariamente á los pajaritos del cielo, ¿nos abandonará acaso? Tranquilizate, hombre de poca fe. Dicho esto se retira, entra en la sacristía para revestirse con un roquete, y postrado al pié del altar hace un acto de adoracion, sube las gradas, é inclinado profundamente llama con suavidad á la puerta del tabernáculo, diciendo con una confianza única: ¡Dios mio, que estais aquí, oidme: no tenemos pan! y volviendo á saludar se marcha. ¿Cómo es posible que resistiese á tanta confianza é infantil sencillez aquel Señor que ha dicho: *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviare*?¹ Apenas el Santo ha vuelto á su estancia, oye llamar: piden por él; baja, y se encuentra con un emisario que le traía de parte de una señora desconocida una gran suma de dinero. La comunidad no solo tuvo para comer aquel dia, sino que subsistió de esto por mucho tiempo.

Algunos años antes de su muerte renunció el obispado de Santa Águeda para retirarse á Nocera en un convento de su Orden, donde vivió hasta la adelantada edad de noventa años. En su última hora fueron los religiosos á pedirle bendicion y consejos, y habiéndoles otorgado este doble favor, concluyó diciendo: Hijos míos, salvad vuestra alma. Al poco rato entró en plácida agonía, y dió el espíritu en la paz del Señor á 1.º de agosto de 1787². Beatificado por

¹ Matth. xi, 28.

² *Vida de san Alfonso*, en italiano. Acerca el convento de Nocera, véase las *Tres Romas*, t. II.

Pio VII en 1815, ha sido recientemente canonizado por Gregorio XVI el día 26 de mayo de 1839.

Las muchas conversiones preparadas por el abate La Salle y operadas por san Alfonso no bastaban aun á indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que sufría, pues en aquella temporada, mala como la que mas, la impiedad erguia la cabeza y caminaba á su objeto con banderas desplegadas. Publicábanse cada dia libros mas licenciosos y mas plagados de atroces calumnias que los que habian precedido, arrastrando al abismo muchísimas almas débiles ó presuntuosas. No hay remedio; Dios tendrá siempre su porcion de elegidos: si hoy la Iglesia vierte una lágrima de dolor, mañana derramará otra de consuelo, y si un dia la afligen grandes escándalos, otro realzarán su gloria ejemplares estupendos, aunque hayan de ir á buscarse en los últimos confines de la tierra.

Así sucedió en la circunstancia presente. Habian los misioneros llegado hasta la corte del emperador chino, uno de cuyos príncipes tenía trece hijos. El tercero de éstos, militar egregio muy instruido en la religion y en las ciencias de su país, trabó relaciones con otro de dichos misioneros, y habiendo pedido le explicase alguna de las verdades de la religion cristiana, el sacerdote satisfizo cumplidamente su deseo. Con esto la gracia empezó á obrar en él, y resolvió bautizarse; pero atravesábanse grandes dificultades para un negocio de tanta importancia. Uno de sus hermanos, al partir para el ejército, reclamó igualmente el Bautismo con ahinco tal, que el misionero no pudo negárselo, y le bautizó con el nombre de *Pablo*, otorgando la misma gracia á su esposa, que fué llamada *Maria*. El príncipe antedicho, al ver esto, no vaciló mas; á su vez recibió el Bautismo con toda su familia, y los restantes hermanos sucesivamente alcanzaron igual felicidad.

Sin embargo, como la cruz ha sido siempre patrimonio de los amigos de Dios, toda esta familia, en odio á la fe, fué desterrada junto con el comun padre, que todavía era idólatra; pero salieron alegres al considerar que habian sido dignos de padecer alguna cosa, esto es, privacion de sus bienes y dignidades, humillaciones y pobreza por la gloria de Jesucristo. Constaba esta familia de treinta y siete príncipes é igual número de princesas, de diferentes edades, con unos trescientos familiares, cuya mayor parte habian sido bautizados. El destierro no era mas que el preludio de sus quebrantos: generosos confesores de Jesucristo debian darle aun mas ilustre testi-

monio; el emperador mandó degradarles y cargarles de cadenas, y, apelando luego á mayores rigores, dió orden de prender y castigar con la muerte á algunos de esos ardorosos neófitos, sin duda para intimidar á los que quedaban. Emplazados ante el tribunal del mandarín supremo, presentáronse en número de treinta y seis, y fueron cargados cada uno, hasta los niños, con nueve cadenas; á ocho escogidos entre los mismos se les encerró en oscuras mazmorras donde casi todos perdieron la vida, víctimas de rigores inhumanos; otros espiraron en el destierro, y algunas de las princesas corrieron la misma suerte. Esta insigne familia de Mártires y Confesores reprodujo el fervor, la caridad, la paciencia y la viva fe de los primeros cristianos, aparejando con su sangre y ejemplo nuevas conquistas para la Religion en el dilatado imperio de la China ¹.

Inmensa cual Dios, autor de ella, la religion católica llenaba perfectamente los huecos dejados por los impíos y libertinos, pues mientras en la China escoge príncipes de la familia imperial para sujetarles al yugo del Evangelio, va hasta el Norte de América á buscar salvajes que convertirá en seres racionales y cristianos. ¡Oh Religion santísima! ¡cómo sabes variar de medios y tomar todas las fases para llegar diestramente al fondo de los humanos corazones! secreto es ese tuyo que canoniza indeclinablemente tu divinidad. Asistamos á la conversion de este nuevo pueblo.

Vagaba por el centro de las heladas selvas de América la nacion de los ilineses, feroz y salvaje entre las demás, como lo probará un solo ejemplo, á tenor del relato de un misionero, anterior á su conversion: «La mayor gloria para un ilinés, dice, es coger vivos á los prisioneros y traerlos consigo. Á su llegada todo el pueblo se junta y se coloca á dos filas en el camino por donde los prisioneros han de pasar; terrible tránsito, durante el cual unos les aporrean, otros les arrancan las uñas, ó les mutilan dedos, orejas y narices, etc. «Condenados á muerte, cuélganlos en seguida de un gran poste, «donde les obligan á cantar el himno funerario, y luego, habiendo «calentado á una hoguera muchas segures, cañones de fusil y otras «herramientas, van sucesivamente hiriéndoles con ellas y martirizándoles de mil maneras, ora pinchándoles con cuchillos, ora quemándoles con tizones, cortándoles pedazos de la carne asada, que

¹ Extracto de la correspondencia del P. Parennino.

«comen en su presencia, ó formando regueros de pólvora por sus allagas y cuerpo, á los que en seguida pegan fuego, etc., etc. Cada cual, en fin, los tortura á su antojo, á veces durante cuatro ó cinco horas, á veces durante dos ó mas dias; y cuanto mas agudos y desesperados son los gritos del paciente, mayor es el regocijo y la algazara de los bárbaros.»

Tales eran los ilineses antes de su conversion; hé aquí ahora cuál ésta los trocó. Habla tambien un misionero: «Habiendo venido á vernos los ilineses, su piedad y vida edificante nos llenó de embelleso: cada noche rezaban el Rosario á dos coros, y por las mañanas oian una misa, durante la cual, particularmente en los dias festivos, cantaban varias preces de la Iglesia conforme al Ritual. Un espectáculo tan nuevo atraia al templo gran concurrencia, excitando la mas tierna devocion. Durante el dia, á veces despues de cenar, entonaban juntos ó á solas himnos sagrados, cuales el *Dies ire*, *Vexilla regis*, el *Stabat*, etc., y á buen seguro encontraban mas gusto en estos cantos, que la mayoría de los salvajes y aun muchos franceses no lo encuentran en otras canciones livianas y tal vez impúdicas. Cualquiera se admirará, conforme yo me admiré al llegar á esta mision, de ver que pocos franceses se hallan á la altura de los conocimientos religiosos de nuestros neófitos, pues saben de memoria casi todas las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, poseen excelentes métodos para oir la santa misa y recibir los Sacramentos, y conocen todos los misterios de la Religion y los deberes que ella impone. El que ve á un ilinés, naturalmente piensa cuánto trabajo habrá costado y debe aun de costar á los misioneros el formarles de tal modo al Cristianismo; pero su laboriosidad y paciencia quedan altamente recompensadas por las bendiciones que el Señor se digna derramar sobre sus trabajos.»

La Religion al convertir á ese pueblo bárbaro no solo domoñó su crueldad, sino que triunfó de su bastarda ignorancia. Cuál fuese ésta, lo patentizará el ingénuo caso siguiente: Uno de los salvajes, llamado Chikagú, llevado á Francia, al regresar á su país contó de lo que habia visto cosas que á sus paisanos parecieron increíbles, y aun él dudaba si su viaje habia sido un sueño. — Te han pagado, le decian, para que nos endilgaras tamañas paparruchas. — Puede ser, añadian sus parientes, que hayas visto cuanto refieres, pero un encanto fascinaria tus ojos, porque es imposible que la Francia sea cual tú la

describes. Cuando decia que en Francia hay cinco cabañas unas sobre otras, y que son tan altas como los mayores árboles; que por las calles de Paris puluta tanto gentío como yerba en los prados, y maringuines (especie de moscas) en los bosques; que los hombres se pasean y hasta emprenden largos viajes metidos en unas cabañas ambulantes de cuero; así le creian como al contar que habia visto grandes barracones llenos de enfermos donde unos diestros cirujanos hacian curas maravillosas.—Ea, les decia en broma, si os falta un brazo, una pierna, un ojo, un diente, un pecho, al punto en Francia os encajan otro que ni pintado¹. Este sencillo relato explica bien lo que los misioneros tanto recalcan hablando de los salvajes, y es que antes de hacerles cristianos es preciso hacerles hombres.

¡Religion asombrosa, siempre nueva cuanto mas antigua! El maravilloso cambio que obraste, hace cien años, y que has obrado sucesivamente en el decurso de diez y ocho siglos en varios puntos del globo, lo estás obrando aun en nuestros dias; y en prueba de esta virtud siempre fecunda vamos á reproducir la carta que en el año 1840 escribió á Su Santidad el rey de las islas Gambier, convertido desde solos cuatro años antes á la fe con todo su pueblo. ¡Quién creyera al leer tal escrito, que su autor era poco antes un antropófago!

«Beatísimo Padre: Yo os amo cuanto vos nos amais: permitid que os rindamos nuestro homenaje al impulso del amor que á Dios profesamos, y que tambien os profesamos á vos; á vos que habeis enviado un obispo y algunos sacerdotes á Mangareva, para que nos enseñaran la santa palabra de Jesucristo; á vos que sois el Sumo Pontífice de la Iglesia. Bendecidnos, pues ya amamos á Dios sinceramente: hace poco estábamos abandonados á nosotros mismos cual animales, y formábamos un pueblo inicuo semejante al bruto y no al hombre; pero gracias á Dios nos hemos vuelto buenos, y ya somos hijos vuestros y de la Iglesia: bendito seais mil veces por haberos acordado de nosotros.

«Regocijámonos tambien en la bienaventurada Virgen María. Poseemos á esta buena Madre en Mangareva, cuya estatua nos trajo el misionero Caret, y á la cual queremos mucho, por manera que todo este país le ha sido consagrado. Sí, María es nuestra Madre,

¹ *Cartas edificantes compendiadas*, t. IV, pág. 102 y 314.

«y nosotros sus hijos; Mangareva acaba de celebrar en su obsequio
«una fiesta que ha sido magnífica, porque María es el objeto de nues-
«tra mas acendrada predileccion.

«Igualmente amamos á Jesucristo muchísimo, mas que á todas las
«cosas. Actualmente le edificamos una iglesia de piedra, y por amor
«suyo hemos hecho una larga caminata en la procesion del Santísi-
«mo Sacramento, en la cual iba, y le hemos obsequiado con toda
«solemnidad. Ahora estamos en los días de gracias. Amamos á Dios
«de corazon, y todo nuestro empeño es aspirar al cielo, lo cual nos
«ha hecho dignos de recibir la primera comunión.

«Gracias por las magníficas vestiduras que me regalásteis: creed
«que las guardaré con esmero, y las reservaré para grandes solem-
«nidades. Tambien el rey de Francia me ha enviado una soberbia
«espada que servirá para análogas ocasiones. Aprecio en mucho el
«vestido que me hicisteis entregar, el cual me parece divinamente.
«Los misioneros hace ya tiempo que residen en Mangareva; pero
«no creíamos que Caret y Laval vinieran solo por temporada: á ellos
«debe el pueblo de Mangareva el conocer la buena palabra. Rogad
«al cielo que derrame sus gracias sobre ellos.

«Antes carecíamos casi de alimentos, pues solo conocíamos el maíz,
«pero ahora poseemos muchos y en abundancia. Éramos perezosos,
«y ahora nos aplicamos al trabajo, gracias á los misioneros.

«Vos sois bueno y clemente, conforme lo habeis acreditado acor-
«dándoos de este mísero pueblo perdido en la inmensidad de los
«mares. Mi corazon pertenece del todo á Jesucristo, y yo soy de los
«mas asiduos á la sagrada mesa, siendo mi confesor el P. Cipriano.
«Todos seguimos puntualmente la palabra de Dios, y los prisione-
«ros nos excitan sin cesar á la virtud.»

Esta misiva, tiernamente ingénuo, da elocuente testimonio de la
verdad mil veces demostrada en el presente Catecismo de que el
Evangelio no penetra en ningun pueblo sin llevarle dos beneficios,
virtud y civilizacion.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber cumplido
tan visiblemente aquella profecía de que vendrian pueblos de Orien-
te y de Occidente para abrazar el Evangelio, al paso que serian des-

echados los hijos y herederos del reino: dignaos conservar la fe en-
tre nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo
como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor,
nunca leeré libros sospechosos.